

EL AMIGO MANSO Y EL "CICLO CÉNTRICO DE LA SOCIEDAD"

Es notorio el afecto y la simpatía de los lectores por Máximo Manso, por sus serias virtudes y sus curiosas manías, por sus fracasos tanto como por esas victorias tuyas que consisten apenas en conseguir a tiempo un ama de cría para su ahijado. Verle comer garbanzos filosóficamente y observar cómo se le aclara Hegel contemplando la hermosura de doña Javiera son todavía hoy placeres de lector poco comunes. Y tanta suele ser nuestra simpatía por este hombre que sólo existe paradójicamente, que sin quejarnos demasiado aceptamos incluso que se le compare a veces con don Quijote, aunque sabemos de sobra que quien acierta es doña Javiera cuando afectuosa y burlonamente le llama "caballero quijotero" (p. 278)¹.

No seré yo, viejo admirador suyo y, como él, "profesor de fila" (p. 11), quien le niegue o regatee simpatías a Máximo Manso. Entrañable ha de ser un modesto y estudioso profesor de filosofía, gozoso enamorado, que al acercarse a la muerte le dice castizamente a su amiga la castiza ex-carnicera: "Ya siento los efectos del gran narcótico; voy a tomar postura" (p. 299). Notable es a lo largo del texto el que tan idealista y anti-chulapo personaje del Madrid de 1880 se adentre a veces en un humor y un lenguaje que, más allá del género chico, no alcanzaría dimensiones críticas hasta los esperpentos; y más aún quizá lo sea que a pesar de tales gestos verbales, así como a pesar de que desde el principio sabemos que "no existe", su desaparición, cuando llega de manera al parecer absolutamente innecesaria, nos hunda en el desconsuelo más real por ser uno de los raros momentos de la literatura española en que, sin abstracciones ni violencia, sin retórica ni melodrama, vivimos la "tristeza, soledad, indiferencia y olvido" (p. 298) del anticipo de la muerte. Sensación angustiosa que apenas si se mitiga

¹ A lo largo de este trabajo las referencias a páginas de *El amigo Manso* irán en el texto, entre paréntesis, según la edición de Alianza Editorial, Madrid, 1972.

un cuanto gracias al humor y la distancia irónica con que, ya muerto, contempla Manso el mundo que dejó, cuando no "existía".

Todo lo cual no excluye que debamos reconocer que Máximo Manso es esencialmente un hombre por demás común y corriente. Virtudes, defectos, victorias, derrotas, erudición, sentido del humor: nada en su vida ni manera de ser es en verdad extraordinario, ni Galdós pretende que lo sea; y hemos de recordar que en el capítulo primero de la novela de su corta vida se nos dice que lo que tenemos entre manos es "un trabajillo de poco aliento" basado en un "agradable y fácil asunto" (p. 9). Ciertamente es también que ese primer capítulo termina con una impresionante afirmación de corte agónico casi quevedesco ("El dolor me dijo que yo era un hombre") en la que se contradice la noción de "agradable y fácil" y que, al negar paradójicamente a distancia las primeras palabras de la novela ("Yo no existo..."), crea una tensión de la que no cabe esperar una narración común y corriente. Sabemos que Galdós es, en general, un novelista atento a la dignidad humana, sea cual sea la grandeza o medianía del personaje que crea; que en su obra, por lo tanto, el que un personaje sea por demás vulgar, no significa que aparezca como tal y que no tenga interés humano: hasta los que afirman dolorosamente que no existen, existen en su obra y atraen nuestra atención. En las novelas de Galdós, a diferencia de las que caen en lo que a veces se ha llamado la "falacia de la imitación" (*El Jarama*, por ejemplo), el que un personaje carezca de cualidades extraordinarias y le ocurran cosas vulgares, no significa en absoluto que no aparezca viviendo con la complejidad suficiente para atraer al lector hacia su problemática. Esta condición paradójica se da hasta con personajes principales y que ocupan toda una novela, como "la de Bringas" o "el amigo Manso". Pero no debe el lector cometer el error que el autor no comete cuando nos lleva a interesarnos por un personaje que, de por sí (si "existiera": fuera de la novela), podría no ser en nada interesante: tal confusión nos acercaría demasiado a los modos de leer de don Quijote y de Mme. Bovary; lo cual, en este caso, nos impediría entender que el simpático, noble y querido Manso no fue sino un pequeño burgués relativamente insignificante.

Por supuesto que algo ha de tener Máximo Manso que lo distingue de los demás madrileños de su tiempo, que si no doña Javiera, mujer muy lista, no le hubiera tomado tanto apego ni le hubiera encargado la educación de su hijo. No es probable que anduvieran por Madrid entre 1877 y 1881, por lo menos cerca de doña Javiera, demasiados hombres de sus conocimientos filosóficos, de su sensibilidad, cultura, bondad e inteligente afecto irónico por lo real/vulgar cotidiano. Su mediocridad, por lo tanto, no ha

de encontrarse en que es como los más de los profesionales pequeño burgueses de los cuales, desde luego, se distingue; sino sencillamente, en su manera de ser tal como él mismo, sin ironía ninguna, se describe: un "humilde auxiliar" que trabaja con "el paso lento y seguro de las medianías" (p. 11). Es decir: que le falta mucho para ser un Quijote (de la Filosofía, de la Cátedra, del Amor; de lo que sea). De don Quijote, o de intelectual "quijotero" tiene, si acaso, lo peor; la tendencia a la frase hecha de altas pretensiones:

Discípulo soy no más, o si se quiere, humilde auxiliar de esa falange de nobles artífices que siglo tras siglo ha venido tallando en el bloque de la bestia humana la hermosa figura del hombre divino (p. 11).

Era preciso —le dice a su hermano— echar por tierra este vano catafalco de pintado lienzo y abrir cimientos nuevos en las firmes entrañas del verdadero país, para que sobre ellos se asentara la construcción de un nuevo y sólido Estado (p. 62).

El saber archivado en mi biblioteca parecía venir a mí en rayos, como las voces celestes que algunos pintores ponen en sus cuadros, y yo sentí en mí aquellas voces, tonos y ecos distantes de la erudición, que me decían cada cual su idea o su frase (p. 145).

Si socio-económicamente (y por lo tanto psicológicamente) Máximo Manso está incrustado en la pequeña burguesía, no parece estar a mayor altura en el mundo de los valores intelectuales: según él mismo lo declara, según se ve en su estilo y según se revela en que, a fin de cuentas, es exclusivamente profesor de Instituto en un Madrid donde hay Universidad y existía ya la Institución Libre de Enseñanza. Y aunque llegará a verse rodeado de gentes que van ascendiendo hacia los centros del poder, él no tendrá nunca oportunidad de actuar en esos centros (ni, por el contrario, en los de la oposición intelectual). Si por lo tanto, dejándonos llevar de nuestras simpatías creemos ver en Máximo Manso algo más que lo que Galdós quiso que fuera, cometeremos, por fuerza, errores de interpretación en la lectura de la novela de su corta vida.

Es curioso, por ejemplo, cómo algún crítico cree haber leído que Máximo Manso es profesor universitario cuando se nos dice bien claramente que enseña en el Instituto². El error en sí no es grave, pero revela una tendencia común a ver en el amigo Manso más de lo que objetivamente es. Por supuesto que ser catedrático de Instituto no ha de disminuir el talento o valor de nadie (afirmación que ni siquiera exige que recordemos a Machado); pero

² Cf. RICARDO GULLÓN, *Técnicas de Galdós*, Madrid, 1970, p. 100.

se trata de una categoría profesional que por ser objetivamente inferior a la universitaria choca con la tendencia de los lectores de *El amigo Manso* a "ascender" a su personaje predilecto. Bien puede ser que ocurra un tanto lo mismo con lo del krausismo de nuestro catedrático, en particular cuando se le supone no sólo krausista, sino "modelado" según nada menos que don Francisco Giner (*loc. cit.*), ya que ni la importancia del krausismo en España es la de un fenómeno vulgar, ni hombre mediocre era Giner.

Pero es ésta del krausismo de Máximo Manso cuestión difícil. Los argumentos a favor parecen convincentes y no deja de ser impresionante que, según ha visto Pattison, tres frases claves que cita Manolo Peña para referirse al pensamiento de su maestro estén literalmente sacadas del Prólogo de Salmerón y Urbano González Serrano a la obra del krausista belga G. TIBERGHIEU, *Generación de los conocimientos humanos* (4 ts., Madrid, 1875-1876)³. Sin embargo, habría que tomar en cuenta, por ejemplo, que para estas fechas ni Salmerón ni González Serrano eran ya krausistas, sino positivistas⁴; o que aunque los prólogos que hace Manso a Hegel y luego a Spencer podrían encajar perfectamente dentro de las actividades de difusión filosófica típicas de los krausistas⁵, los ataques al krausismo puro venían también en aquellos años desde el hegelianismo, el neo-kantismo y los spencerianos⁶.

A cambio de estas ambigüedades ideológicas no deja de ser curioso que al describirse Manso a sí mismo declare: "carezco de buena barba y voy siempre afeitado" (p. 11). Ni Sanz del Río ni Fernando de Castro tenían barba; pero la han tenido los más de los krausistas/institucionistas, especialmente en la generación de Manso (que sería más o menos la de Giner), y alguna especial intención debe haber en que el amigo Manso nos aclare que *él* no lleva barba. Es curioso también que explique que usa sombrero de copa constantemente, hasta en verano (p. 12). El que enseñe en el Instituto no es del todo extraño, puesto que profesores de Instituto eran Hermenegildo Giner (krausista puro), Urbano González Serrano y Eusebio Ruiz Chamorro (positivistas, ex-krausistas); lo sorprendente para un krausista (o para un positivista ex-krausista no ene-

³ Para el krausismo de *El amigo Manso*, véase especialmente, D. LIDA, "Sobre el «krausismo» de Galdós", *AG*, 2 (1967), 1-27, y *El amigo Manso*, New York, 1963; para la referencia a Tiberghien en particular, véase W. T. PATTISON, "El amigo Galdós", *AG*, 2 (1967), p. 146.

⁴ Por influencia, al parecer, de Salmerón; cf. VICENTE CACHO VIU, *La Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, 1962, t. 1, pp. 188 y 242.

⁵ Cf. PATTISON, *art. cit.*, y CACHO VIU, *op. cit.*, p. 381.

⁶ CACHO VIU, *op. cit.*, cap. 7, "Efervescencia intelectual bajo la paz política (1875-1876)". Véase también, LÓPEZ MORILLAS, *El krausismo español*, México, 1956.

migo de los krausistas) de quien se nos narran las andanzas entre 1877 y 1881 es que, *además* de enseñar en el Instituto no enseñara en la Institución, que se fundó en 1876 y tuvo difícil vida en los primeros años, necesitando de la ayuda de todos los fieles, entre los cuales dieron clases allá, además de darlas en el Instituto, Hermenegildo Giner, Salvador Calderón y otros (CACHO VIU, *op. cit.*, p. 436).

En este sentido importa notar el total vacío de amistades intelectuales en que vive Máximo Manso. Habiendo venido al mundo de su novela en el Madrid de 1877, o sea, dos años después de la separación de Giner y otros krausistas de la Universidad, cuando se ha fundado ya, como un desafío, la Institución Libre de Enseñanza, cuando se están llevando a cabo grandes polémicas en el Ateneo sobre el krausismo y sobre la ciencia española (cf. *infra*, nota 7), y a pesar de que nos dice que de estudiante trabó "amistad con jóvenes de mérito y con afamados maestros", así como que frecuentó "círculos literarios" (p. 15), no encontramos en la novela ninguna relación con todo ello, no le conocemos a Máximo Manso ni un amigo escritor, filósofo, librero o maestro y sólo una vez se alude a que va o iba al Ateneo (p. 50). En cambio —y difícilmente podría pensarse en un comportamiento menos "krausista"— accede a echar un discurso en un gran teatro para un público conservador y algo menos que intelectual. Y no deja de ser sorprendente también que no proteste ni diga nada cuando su hermano le comunica que él y Cimarra, en charla con "el Ministro", han pensado que debía ya pasar "a una cátedra de Universidad" (p. 93): la falta de referencias "krausistas" que notamos de una parte bien puede tener relación con este contacto indirecto con ministerios que habían antes expulsado a los krausistas de la Universidad.

Pero no exageremos en dirección contraria: si Máximo Manso no fuera krausista, ello no invalidaría que sigamos pensando que ha asimilado ideas y modos de ser de la que fue la tendencia filosófica más selecta de su tiempo. Según los trabajos de Denah Lida esto parece indiscutible por lo que se refiere a su comportamiento pedagógico⁷. Por lo demás importa recordar, según indica también Denah Lida (*ibid.*, p. 20), que "no hallamos un modelo fijo y reiterado" de krausista y que —recordatorio importante— "menos aún encontraremos tipos puros e inmóviles en las novelas de Galdós". Lo que, al intentar definir el krausismo de Máximo Manso, tal vez

⁷ Art. cit., p. 16. Aunque la misma Denah Lida dice que la distinción que hace Manso entre el metafísico y el hombre de acción en su "clase famosa", "no está de acuerdo con el desarrollo de las ideas de Krause llevado a cabo por los discípulos de Sanz", p. 18.

hayamos perdido de vista, sin embargo, es que, contra todo lo que va implícito, conciente o inconcientemente, en suponer que nuestro personaje es parte de una tan selecta tendencia, debemos reconocer que Máximo Manso no es ni un educador importante ("modelado" según Giner, por ejemplo), ni siquiera uno de aquellos krausistas/institucionistas de segunda fila que, de algún modo, vivían en relación directa con las actividades del grupo: decisivo ha de ser en este sentido el que Manso no hable de la Institución ni de los institucionistas y que éstos no aparezcan para nada en su vida (esto es, en la novela). Nuestro amigo Manso, ese "alma de Dios" con (o sin) "mucho pesquis", no es sino el sabio del barrio pequeño-burgués de doña Javiera; un simple instrumento para facilitar los acontecimientos y, en cuanto tal, la realidad más vulgar de una pequeña burguesía que, en su carrera de ascenso hacia metas socialmente aceptables, tiene que negar sus orígenes: es decir, la carnicería, tanto como la existencia mediocre de Máximo Manso.

Si, por lo tanto, no tiene relaciones con el mundo intelectual del Madrid de su tiempo, ¿con quién se relaciona Máximo Manso? Únicamente con doña Javiera y Manuel Peña; con doña Cándida de García Grande y su sobrina Irene; y con su hermano José María y familia. Sólo cuando encuentra a Augusto Miquis, cuando alude a amigos de juventud y, muy de pasada, a su amistad con León Roch (p. 116), y cuando se nos dice que ya no se veía con Manolo en el Ateneo, entrevemos otros posibles círculos de amistades anteriores a los acontecimientos de la novela. En vista, además, de que es el amigo Manso quien relaciona entre sí a las personas que trata, hemos de suponer que para ese fin le trae al mundo su amigo el novelista. Cumple Máximo Manso su papel a la perfección y una vez cumplido, cuando los demás personajes van rectos ya hacia sus destinos, desaparece de un mundo que, en todo, supera su medianía.

Las relaciones que se establecen a través de Máximo Manso tienen, como todas, un tiempo, un espacio y, más allá de sus aspectos accidentales, una razón de ser histórica que Manso, según veremos, capta perfectamente. El tiempo estricto de la novela, según ya hemos tenido ocasión de recordar, es el que discurre entre 1877 y 1881: años en que se consolida la Restauración. El espacio en que todo se trama es, en Madrid, la casa de José María Manso, el hermano de nuestro profesor. Este José María Manso, al igual que otros indianos de su tiempo, ha vuelto a España con una gran fortuna no sólo para quitarse de los problemas de una Cuba ya demasiado revuelta, sino para colocarse socialmente. Ahora bien, directa o indirectamente, la importancia social pasaba en aquel Madrid por la política y por la política se decide José María Man-

so: ahí, a fin de cuentas, se organizaba una parte esencial de la estructura del "bloque de poder oligárquico" que, según Tuñón de Lara, se va formando en España entre 1875 y 1914⁸. Estas fechas (1875-1914), a diferencia de las de 1877-1881, enmarcan el período histórico o tiempo a largo plazo de la novela, dentro del cual la trayectoria ascendente de los diversos personajes ha de entenderse como típica de la formación de ese "bloque de poder" que aquí y en otras obras ocupa centralmente a Galdós.

José María Manso —de quien no vamos aquí a ocuparnos mayormente— inicia en su casa las relaciones y tertulias que, por mediación de su hermano, serán decisivas para Manolo Peña. A la casa de José María Manso acuden, entre otros, el rico e influyente Ramón María (o Manuel María) Pez, los no siempre prósperos pero bien relacionados marqueses de Tellería, el millonario, negociante e influyentísimo Marqués de Fúcar, así como "tres ex-ministros y muchos diputados y periodistas" (p. 111). No ha de extrañarnos que poco antes del final de la novela se nos asegure que José María Manso, diputado ya, va para marqués sin problema alguno. No interesa saber aquí hasta qué alturas llegó realmente el hermano de nuestro profesor⁹; lo indudable es que llega a ser parte de la estructura del poder y, en cuanto tal, además de arribista él mismo, será el principal vehículo para el ascenso de Manuel Peña —de quien todo estudio de nuestra novela debe ocuparse centralmente porque para educarle viene al mundo Máximo Manso.

Manolo Peña, además de personaje central de *El amigo Manso*, reaparece en *Lo prohibido* y en *Torquemada en el Purgatorio*. Su "aparición" en esta última novela no podía ser más breve: se le nombra dos veces cuando en compañía de Cornelio Malibrán, "dos chicos y una chica de Pez", Morentín, Manolo Infante y José María Villalonga, llega de visita a Hernani, a la casa de veraneo de Torquemada, durante uno de sus paseos entre Biarritz y San Sebastián¹⁰. Ahora bien, en San Sebastián y Biarritz veraneaban entonces, según sabemos, la aristocracia y la más alta burguesía españolas (e inglesas) y ahí precisamente, a diferencia del poco fachendoso Torquemada, veranea el ya diputado Manolo Peña con su esposa Irene. ¿Y quiénes son esos amigos con los que ahora

⁸ MANUEL TUÑÓN DE LARA, "La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico: 1875-1914", en *Estudios sobre el siglo XIX español*, Madrid, 1971. Se encontrará detallada explicación de este momento de la historia de España en el espléndido libro de MIGUEL MARTÍNEZ CUADRADO, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, t. 4 de la *Historia de España*, Madrid, 1973.

⁹ Parece ser que no reaparece en otras novelas aunque hay un marqués de Taramundi en *Torquemada en el Purgatorio*, *Torquemada y San Pedro y Ángel Guerra*.

¹⁰ *Torquemada en el Purgatorio*, Parte II, cap. 6, O.C., t. 5, p. 1060.

pasea por la Costa Vasca? Vemos que continúa su relación con la familia Pez, iniciada en casa de José María Manso. Y, naturalmente, se ha ampliado el círculo de relaciones: Manolo Infante (narrador de *La incógnita*) es un joven rico, pariente de los muy ricos Cisneros y diputado por Orbajosa (feudo, no olvidemos, de Doña Perfecta); José María Villalonga, diputado también, pero “de la oposición”, es un viejo y rico amigo de Juanito Santa Cruz, bien relacionado con el todo Madrid y probable senador vitalicio. Por lo que respecta a Pepe Serrano Morentín, que también llegará a diputado, interesa citar la descripción que hace Galdós mismo: “Era el tal —se nos explica— soltero, plebeyo por parte de padre, aristócrata por la materna, socialmente mestizo, como casi toda la generación que corre” (*ibid.*, p. 1031). Esta descripción nos recuerda un importante comentario socio-histórico de Máximo Manso, quien en esto de “la generalización” (p. 253-254) era, en efecto, hombre de “mucho pesquis”:

Pronto sería yo —se lamenta en cierto punto— hermano de un marqués de Casa-Manso o cosa tal... Lo del título era un fenómeno infalible en el proceso psicológico, en la evolución mental de sus vanidades. José reproducía en su desenvolvimiento personal la serie de fenómenos generales que caracterizan a estas oligarquías eclécticas, producto de un estado de crisis intelectual y política, que eslabona el mundo destruido con el que se está elaborando...

Indudablemente, estas democracias blasonadas; estas monarquías de transacción sostenidas por el cabello de un artificio legal; este sistema de responsabilidades y de poderes, colocado sobre una cuerda floja y sostenido a fuerza de balancines y retórica; esta Sociedad que despedaza la aristocracia antigua y crea otra nueva con hombres que han pasado su juventud detrás de un mostrador... quizás anuncia un paso o transformación, que será la más grande que ha visto la Historia. Mi hermano, que había fregado platos, liado cigarrillos, azotado negros, vendido sombreros y zapatos, racionado tropas y traficado en estiércoles, iba a entrar en esa falange de próceres que son la imagen del poder histórico inamovible y como su garantía y permanencia y solidez (pp. 96-97).

Manolo Peña, como su amigo el socialmente “mestizo” Morentín inicia, pues, su entrada en la “oligarquía ecléctica” en casa de quien desde un mostrador, llegaría a marqués, reproduciendo así en su “desenvolvimiento personal la serie de fenómenos generales” de la época; poco después se pasea por San Sebastián y Biarritz —donde ya había pasado su luna de miel— con un amigo que es en su persona misma la fusión de “sangre” que permite a Máximo Manso hablar de “democracia blasonada” y “mestizaje”. De este “matrimonio entre la «despedazada» aristocracia «antigua» y la «for-

midable clase media»" que "nació en Cádiz"¹¹ tratan no pocas obras de Galdós; no es otro el tema del estudio ya citado de Tuñón de Lara; y en el engranaje de la "formación" del "bloque de poder" que Tuñón estudia se encuentra, decidido al éxito, nuestro Manolito Peña.

Le encontramos de nuevo ahí en *Lo prohibido*. Aparece otra vez junto a Villalonga, como uno de los "íntimos" de José María Bueno de Guzmán¹² y en cuanto asistente regular a "los jueves de Eloísa" (*ibid.*, pp. 1724-1742), donde se codea con Chapa (galante general carlista), con el secretario de la legación de Holanda, con Alejandro Sánchez Botín (diputado, inversionista, hermano del marqués de Tellería), con el general Morla y con "el ministro de Fomento". Todo ello narrado por el mismo José María Bueno de Guzmán, quien, como se sabe, es un rico señorito andaluz europeizante, residente en Madrid a partir del 80, cuya fortuna es tan grande que había quien creía que estaba "en la misma categoría rentística de los Larios de Málaga; López, de Barcelona (¿López y López, marqués de Comillas?); Misas, de Jerez; Céspedes, Murgos y Urquijo de Madrid" (*ibid.*, p. 1685). De algunos de estos señores, cuya importancia *real* en las finanzas españolas de fin de siglo no es desconocida, se supone que era amigo Bueno de Guzmán ya antes de llegar a Madrid; de otros, como por ejemplo Urquijo, pasará a ser amigo en la Bolsa (por introducción del "hortera y carnicero y músico y bolsista Gonzalo Torres", *ibid.*, p. 1808).

Pocas cosas más difíciles de probar en un juzgado que la culpabilidad por asociación; y, desde luego que dada la existencia de tanto gato que quería pasar por liebre en la España de la Restauración, quizás no valga recurrir al "dime con quién andas" para entender quién llega a ser Manolo Peña y qué sentido tiene la novela en que se nos cuenta su educación y matrimonio. Para saber, por ejemplo, si a través de J. M. Bueno de Guzmán, de Villalonga o del "ministro de Fomento" podemos o no establecer una relación real entre Manolo Peña y —digamos— el Marqués de Urquijo, necesitaríamos cierta información muy concreta de tipo económico o político que no se nos da en estas obras porque, desgraciadamente, Manolo Peña aparece en *Lo prohibido* y *Torque-mada en el purgatorio* muy de pasada. Sin embargo, en vista de los lugares y amistades que frecuenta; sabiendo, como sabemos, que es rico¹³; habiendo visto lo pronto y bien que llega a diputado, parece claro que la trayectoria de Manolo Peña a partir de las

¹¹ *Apud* V. LLORENS, "Galdós y la burguesía", *AG*, 3 (1968), p. 51.

¹² *Lo prohibido*, Parte I, cap. 3, *O.C.*, t. 4, pp. 1692, 1696, etc.

¹³ Lo declara su madre, p. 24 y lo repite M. Manso, p. 47.

lecciones de Máximo Manso es algo más que la de una modesta carrera ascendente hacia un simple y decente confort de clase media pasiva, lejos ya de la carnicería de sus padres.

Podría ser que cuando nos encontramos con casos como el de Manolo Peña en la obra de Galdós padezcamos de un error de perspectiva que, a grandes rasgos, consiste en considerar a la burguesía pintada por Galdós como si fuera siempre una clase media pasiva, tan alejada del poder como pueden hoy estarlo millones de prósperos pequeños burgueses. Desde luego que se dan muchos casos así en la obra de Galdós como, por supuesto, se daban en la España de su tiempo; pero también está en Galdós, de manera evidente, por ejemplo en *Lo prohibido*, la clara descripción de aspectos diversos de la configuración del "bloque de poder oligárquico" mismo. No debemos dejarnos engañar porque todos estos Fúcar o Bueno de Guzmán o Urquijos o Torquemadas parezcan tan poca cosa junto, por ejemplo, a Rothschild: así eran en España los poderosos con respecto a "Europa" y tenían conciencia de ello¹⁴. Era aquella una sociedad subdesarrollada y dependiente, pero su oligarquía era tan oligarquía como la de cualquier otra parte: la diferencia que va de un Torres a un Morgan no es sino la que va de la Bolsa de Madrid a la de Wall Street o Londres. Lo cual significa que, en España, un Torres, y más todavía un Urquijo, era un Morgan y que el ministro de Fomento era, a escala nacional, tan ministro de Fomento como el de cualquier otro país. No es el mundo de *El amigo Manso* o el de *Lo prohibido*, por provinciano o marginal que parezca ser (o sea) con respecto a Europa un mundo ajeno al poder: frente al idealismo que suele caracterizar las interpretaciones de *El amigo Manso* fijadas en el estudio de la personalidad del maestro, importa entender que la sociedad en que se mueven los amigos de Manuel Peña es, aunque de jóvenes, inseparable de la del marqués de Urquijo.

Y ese mundo de poder, no el de una acomodada y tranquila clase media madrileña, es el mundo al que entra Manolo Peña tras haber recibido de Máximo Manso el mínimo barniz cultural que, sin ser tal vez del todo necesario, es siempre útil. Recordemos, por ejemplo, que al final de la novela su madre (y él con ella) se muda al principal de una finca (o casa de apartamentos) que acaba de comprar, nuevecita, en la calle de Alfonso XII, frente al Retiro. Se trata de un dato clave para entender el final de la novela (y desde el final, la trayectoria ascendente de todos sus per-

¹⁴ Cf. referencias de Bueno de Guzmán al barón de Rothschild y a José de Salamanca, a quienes pone al mismo nivel de hombres de empresa, tal vez irónicamente; *Lo prohibido*, pp. 1819-1820; y antes, Eloísa, p. 1707, "yo me acuesto pensando que soy la señora de Rothschild".

sonajes, menos Manso) puesto que en 1880 sólo la oligarquía vivía en ese rumbo; en el número 4 de la calle de Alfonso XII, por ejemplo, en una casa construida por esas mismas fechas, nació José Ortega y Gasset en 1883, y ahí mismo, en la esquina, vivía Maura (por lo que hoy lleva su nombre una de las calles que sale de Alfonso XII). Van, pues, los Peña de una carnicería del centro de Madrid, a una zona residencial entonces nueva y lujosísima donde se iban instalando diversos miembros de la más poderosa burguesía ascendente o ya dominante. Porque si bien los Ortega eran en los años 80 parte de lo que Tuñón llama "la otra burguesía", Maura llegaría a representar el poder mismo. Barrio —sociedad dominante— en el que pueden convivir gentes *al parecer* contrarias, al igual que Manuel Peña convive con Villalonga y otros a pesar de tener ideas algo "más radicales" (*Lo prohibido*, p. 1731), o al igual que Máximo Manso, "abolicionista" (p. 57) y enemigo del "régimen oligárquico que hoy priva" (p. 116) tolera a su hermano, a Cimarra, a los Pez y educa a Peña para el éxito que a él mismo le ha sido negado. ¿No es acaso sorprendente imaginar que doña Javiera Peña, hace poco apenas carnicera, fue vecina en su día de los señores Maura y Ortega y Munilla? Sin embargo, así es en *El amigo Manso*.

Y es que era aquel mundo, según explica Galdós en *Fortunata y Jacinta*, como una "colosal enredadera" cuyos "vástagos" aparecen "revueltos y cruzados" en no se sabe qué "misterioso enlace"; de modo que "hay quien dice que Pepe Moreno Vallejo, el cordelero de la Concepción Jerónima, es primo hermano de don Manuel Moreno-Isla, uno de los Moreno que atan perros con longaniza. . . [y] hay un Muñoz y Aparisi, tripicallero en las inmediaciones del Rastro, que se supone primo segundo del marqués de Casa-Muñoz. . ." [etc.]¹⁵. Pero no sólo se extiende la nueva clase dominante desde una cordelería hasta un reciente marquesado, sino que, como para que quede aún más claro el hecho histórico de la fusión entre vieja aristocracia y nuevos poderosos, encontramos también en *Fortunata y Jacinta* que este marqués de Casa-Muñoz, "de la aristocracia monetaria", es pariente de "un Álvarez de Toledo, hermano del duque de Gravelinas, de la aristocracia antigua"; de lo que resultaba "no sé qué irónica armonía de la conjunción aquella de los dos nobles, oriundo el uno del gran Alba y el otro sucesor de don Pascual Muñoz, dignísimo ferretero de la calle de Tintoreros" (*ibid.*, p. 138). En compañía de tales gentes, dicho sea de paso, aparece cenando en ocasión íntima el amigo de Manolo Peña, Villalonga (*loc. cit.*).

Si volvemos ahora al proceso de educación de Manolo Peña,

¹⁵ *Fortunata y Jacinta*, en *O.C.*, t. 5, p. 67.

vemos que, desde el principio, su maestro Manso, a pesar de andar en Babia (p. 124), tiene muy clara idea de cómo funciona la sociedad de su tiempo:

Es evidentísimo [se dice a sí mismo este “alma de Dios con mucho pesquis” (p. 24)] que la democracia social ha echado entre nosotros profundas raíces, y a nadie se le pregunta quién es ni de dónde ha salido para admitirle en todas partes y festejarle y aplaudirle, siempre que tenga dinero o talento. Todos conocemos a diferentes personas de origen humildísimo que llegan a los primeros puestos y aun se alían con las razas históricas.

El dinero y el ingenio, sustituidos a veces por sus similares, agio y travesura, han roto aquí las barreras todas, estableciendo la confusión de clases en grado más alto y con aplicaciones más positivas que en los países europeos, donde la democracia, excluida de las costumbres tiene representación en las leyes. Desde este punto de vista, y aparte de la gran semejanza política, España se va pareciendo, cosa extraña, a los Estados Unidos de América... Las improvisaciones de fortuna y posición menudean... (p. 48).

Sin embargo, Manso también sabe que

... esta transformación, con ser ya tan avanzada, no ha llegado al punto de excluir ciertos miramientos, ciertos reparillos en lo que toca a la admisión de personas de bajo origen en el ciclo céntrico, digámoslo así, de la Sociedad. Si el bajo origen está lejano, aunque solamente lo separe del tiempo presente el espacio de un par de lustros, todo va bien, muy bien. Nuestra democracia es olvidadiza, pero no ha llegado a ser ciega... (*loc. cit.*).

Y sabe, por lo tanto, que “Manolito tendría que luchar para abrirse paso en la sociedad y para ocupar en ella un puesto conforme a sus altas dotes” (pp. 47-48).

“¡Delicada cuestión!”, exclama el amigo Manso. Y lo es, en efecto, para quien siendo al parecer un purísimo educador dedica, sin embargo, sus mejores energías a facilitar la entrada de su alumno a ese “ciclo céntrico, digámoslo así, de la sociedad”. Porque no otra cosa quiere Máximo Manso para “aquel Manolito Peña”, a quien, a pesar de ser “tan listo, tan discreto, tan distinguido, tan noble en todo y por todo” llamaban todavía cuando él lo toma bajo su tutela “el hijo de la carnicera” (p. 49). Manso va a ser instrumento fundamental en la corrección de tal injusticia, para lo cual, “como el muchacho era rico y había de representar en el mundo un papel muy airoso”, decide cultivar en él “la forma, el buen parecer, el estilo, pues estilo es esto que da al carácter lo que la frase al pensamiento; es decir, tono, corte, vigor, personalidad” (p. 47)—idea pedagógica ésta muy poco krausista y que no difiere,

en verdad, de los pragmáticos deseos de doña Javiera, quien pone a su hijo en manos de Manso porque quiere "que sepa todo lo que debe saber un caballero que vive de sus rentas" (p. 24). Siendo Manolo, como según ella va a ser, "un gran señor, un caballero" su educación ha de consistir en "labrarlo, amigo Manso" (p. 23). Y bien claro nos dice su maestro —que le llama nada menos que "divino muchacho" (p. 171) — que lo que ha hecho con el "grande ingenio" de Manolo Peña es, en efecto, darle "la vestidura del arte", "la pedrería" en que ha de brillar menos toscamente (*loc. cit.*). Puesto que Máximo Manso también sabe que en Manolo Peña "ha querido la Naturaleza hacer el hombre tipo de la época presente... cortado y moldeado para su siglo", en el cual encaja "como encaja en una máquina su pieza principal" (p. 173), lo extraño no es que deje sus amores con la "niña de Vandesol", que sea diputado por decreto especial en que se le dispensa su juventud, que viva socialmente con y como Villalonga, Bueno de Guzmán, Casa-Muñoz y Juanito Santa Cruz; lo extraño es que Manso se sorprenda de ello; que declare Manso, aunque sólo sea momentáneamente, su "pasma" por el avance social de Manolo y de Irene (p. 296).

Esta sorpresa, por cierto, no es en lo esencial distinta de la que en *Torquemada en el Purgatorio* siente Rafael frente al éxito del prestamista:

... usted —le dice a Torquemada— me ha dado el gran petardo, porque no sólo le admite la sociedad, sino que se adapta usted admirablemente a ella. Crecen como la espuma sus riquezas, y la sociedad, que nada agradece tanto como el que le lleven dinero, no ve en usted el hombre ordinario que asalta las alturas, sino un ser superior dotado de gran inteligencia. Y le hacen senador, y le admiten en todas partes, y se disputan su amistad, y le aplauden y glorifican, sin distinguir si lo que dice es tonto o discreto, y le mima la aristocracia, y le aclama la clase media, y le sostiene el Estado, y le bendice la Iglesia, y cada paso que usted da en el mundo es un éxito y usted mismo llega a creer que es finura su rudeza y su ignorancia ilustración... (*O. C.*, t. 5, p. 1108).

A la larga, sin embargo, Rafael descubre, como Máximo Manso, que lo que ocurre en la España de la Restauración es que

... la monarquía es una forma vana; la aristocracia una sombra. En su lugar reina y gobierna la dinastía de los Torquemadas, vulgo prestamistas enriquecidos. Es el imperio de los capitalistas, el patriado de estos Médicis de papel mascado. No se quién dijo que la nobleza esquilmada busca el estiércol plebeyo para fecundarse y poder vivir un poquito más... (*ibid.*, p. 1110).

Lo dice negativamente quien desde su perspectiva de aristócrata en decadencia se ha negado al "mestizaje" social y, consecuente-

mente, acabará suicidándose; pero la metáfora central ("Médicis de papel mascado") tiene su origen en lo que de sí mismo piensa la clase ascendente, según se ve por las palabras con que Manolo Peña responde a ciertas quejas de su maestro:

Yo quiero hacer algo, *magister*; yo necesito acción. Esta vida de tiesura social y de pasividad sosa me cansa, me aburre. Estoy en la edad dramática, voy a ser pedante, en el momento histórico que no vacilo en llamar florentino, porque su determinación es arte, pasiones, violencia. Los Médicis se me han metido en el cuerpo y se han posesionado de él como los diablillos que atormentan al endemoniado (pp. 122-123).

Cuando Galdós escribe estas novelas del "mestizaje" social hacía ya treinta años —por ejemplo en *El dieciocho Brumario*— que Marx había descrito la mediocridad de la nueva sociedad burguesa, la manera antiheroica que tenían sus "actores" de ser algo así como "Médicis de papel mascado"; otros tantos hacía que Julián Sorel había descubierto que el prosperar en tal sociedad burguesa no era, en verdad, cuestión de "talento"¹⁶. No nos sorprenda el retraso: sabemos ya, contra opiniones muy difundidas hace todavía pocos años, que hubo en la España de la segunda mitad del XIX un fuerte desarrollo capitalista; pero sabemos también que es un desarrollo tardío y, por lo tanto, peculiarmente conflictivo. Si añadimos que este desarrollo es lo que hoy llamaríamos (y deberíamos insistir en llamar) dependiente, no puede extrañarnos la repetición tardía de ciertos modelos de comportamiento. Lo que debe importarnos es la extraordinaria coherencia y objetividad de la obra galdosiana. Dada esta objetividad abrumadora poco importa preguntarse, según lo hace antes que nadie el mismo Máximo Manso, si Manolo Peña es o tal vez va a ser un hombre "sin principios"¹⁷. La pregunta se la han hecho también los críticos¹⁸. Me inclino a estar de acuerdo con D. LIDA (art. cit., pp. 19-20) en que Manolo Peña no revela ser especialmente maligno, aunque, dadas las exigencias de la sociedad en que vive, no veo que debamos suponer que no va a resultar "tan poco escrupuloso como José María Manso" ni que vaya a ayudar al "progreso gradual" de España. Es dudoso que siendo Manolo Peña un joven arribista de la sociedad de la Res-

¹⁶ Según creen todavía M. Manso y, desde luego, Manuel Peña; cf. por ejemplo, pp. 48 y 290 de la edición aquí usada.

¹⁷ Se pregunta el amigo Manso: "¿Tendremos en él una de tantas eminencias sin principios, o la personificación del espíritu práctico y positivo?", p. 46.

¹⁸ Es la idea expresada por G. A. DAVIES en "Galdós *El amigo Manso*: An experiment in didactic method", *BHS*, 39 (1962), y que refuta D. LIDA (art. cit., p. 19 y nota 64).

tauración tuviera la intención o la posibilidad de reformar gran cosa: no hay más que recordar su comportamiento puramente retórico y vano en la velada de teatro dedicada a beneficio de la retórica y vana *Sociedad General para Socorro de los Inválidos de la Industria*. Manolo Peña es rico, tiene cierto talento, ambiciones sociales y mucho don de gentes: salvo traición a sus posibilidades objetivas, a la tendencia histórica de su clase, no podía sino *subir* en un mundo donde, frente a la tradicional dominación de la aristocracia empieza a llegar al poder la que, a falta de otra cosa ha decidido presentarse como la "aristocracia del talento" (p. 290).

Por lo demás no se le plantea a Peña su relación con la sociedad a la manera de aquel Julián Sorel que entendía el "talento" en el sentido heroico del que, según vio Marx claramente, carecía precisamente la sociedad burguesa. Para Manolo Peña y para la España de su tiempo tener "talento" es ya, sin tapujos, saber subir (o en el vulgar madrileño de entonces y de ahora: *trepár*). Ante este hecho objetivo, de poco sirve entrar en valoraciones subjetivas acerca de si era o no hombre de "principios".

Tan claro es ello para Máximo Manso que hasta viviendo enamorado y, por lo tanto, ciego, entiende perfectamente a Irene una vez pasado el asombro. A Irene la ha hecho así, se dice a sí mismo, "la lucha por la vida" (p. 266) (idea en la que, por cierto, revela ya Manso un cierto "positivismo" filosófico del que hablaremos). En vista de lo cual acepta como inevitable que la que veía como "la mujer perfecta" (p. 80) sea, en verdad, una mujer de "distinción vulgar", una "dama de tantas" con "ambiciones burguesas", "modelo de la mediocridad en el gusto" cuya ambición es figurar en la numerosa clase de la "aristocracia ordinaria" (p. 262-263). A lo que sigue, necesariamente, la "Sentencia final: era como todas. Los tiempos, la raza, el ambiente, no se desmentían en ella" (p. 296). Y es que, en efecto, pensándolo bien, lo asombroso hubiera sido que Irene y Manolo hubiesen preferido (y podido) llevar otro rumbo. Quizás no esté de más recordar aquí unas tristes palabras de Urbano González Serrano acerca del fracaso de la Universidad progresista que en su momento dirigió Fernando de Castro:

La universidad que renovó en parte su personal docente durante el periodo revolucionario —escribe en 1888—, que practicó la libertad de enseñanza, que desagrávió a los profesores expulsados por liberales, educa a aquella juventud, que si no preparó aceptó de buen grado la restauración (*apud* CACHO VÍU, *op. cit.*, p. 213).

Entre aquella juventud universitaria han de contarse, por cierto, Juanito Santa Cruz y su amigo Villalonga, amigo más tarde de Ma-

nolito Peña, el que usó de Máximo Manso para adquirir un barniz de cultura sin tener que molestarse en asistir a la Universidad que le aburría.

Quizás sean demasiado obvios los aparentes conflictos de *El amigo Manso*: Irene, mujer perfecta *vs.* Irene, mujer de “distinción vulgar”; Manolo inteligente y bueno *vs.* Manolo oportunista; Máximo Manso, hombre de mucho “pesquis” *vs.* Máximo Manso, hombre que vive en Babia; inútil profesor de filosofía *vs.* práctico indiano; hegelianismo del principio *vs.* spencerianismo del final, etc. Como resulta en realidad difícil “acoplar y emparejar las cosas más heterogéneas” (según quería José María Manso porque eso era “lo verdaderamente inglés”, p. 112) y como es larga entre intelectuales la costumbre de inclinarse por lo “quijotesco” (real o aparente), así se lee generalmente *El amigo Manso*; lo que permite que queden demasiados cabos sueltos. Debido a ello no se atiende lo suficiente a la “mediocridad” de Máximo Manso, ni a lo arquetípico de Irene y Manolo y se pasan en silencio ciertos detalles claves.

Así, por ejemplo, es común notar que en su elogio de Irene, Máximo Manso declara que le parece una “mujer del Norte”, “de naturaleza superior”, “de maravillosos equilibrios”, “mujer razón contrapuesta a mujer frivolidad” (pp. 79-80): pero no se insiste lo suficiente en que, con el mismo entusiasmo, según Manso se dice a sí mismo “He aquí la mujer perfecta”, añade que es “la mujer positiva” (p. 80). El mismo adjetivo se emplea para describir de manera no negativa a Manolo Peña (“Le seducían las cuestiones palpitantes y positivas”, p. 45). Y a lo largo de la novela se establece una relación entre “positivo” (y “positivista” y “de positivismo”) y las nociones de lo utilitario y lo práctico, de modo, por ejemplo, que ya *después* de su decepción amorosa, Máximo Manso se refiere elogiosamente al “genio práctico de primer orden” de Irene, gracias al cual ha logrado triunfar en “la lucha por la vida” (p. 267). Y no podemos olvidar que en ese mismo sentido se ha descrito Máximo Manso a sí mismo cuando nos dice que es poseedor de un “espíritu observador y práctico”, que vive con “razón” y “método”, lo que le permite tomar “las cosas como son” (p. 16), evitando así la creación de “vanas fábricas de viento y humo” (p. 11). Por supuesto que —como siempre lo ha hecho la crítica— hemos de entender estas palabras irónicamente: a fin de cuentas, ¿qué si no “fábrica de viento y humo”, en barroca imagen, fue su enamoramiento? Sin embargo, el hecho es que Máximo Manso toma en efecto, “las cosas como son”, no sólo en lo que a sus amores y a su morir se refiere (“ya siento los efectos del gran narcótico; voy a

tomar postura", p. 299), sino, sencillamente, en lo que se refiere al enorme cambio de vida que la llegada de su hermano le significa. He aquí cómo se explica él este cambio: "yo empezaba a formarme una segunda rutina de vida, acomodándome al medio local y atmosférico; que es ley que el mundo sea nuestro molde y no nuestra hechura" (p. 89).

¿Dudaremos nosotros en calificar tan poco "quijotesca" actitud de "positiva" (o, como le dice él a Irene y luego a Manolo: de "encuadrada" en "un marco de positivismo", p. 251; o de "inspirada" en "ideas de positivismo", p. 274)? Vayamos aún más lejos: la actitud de Máximo Manso ante el mundo, sería filosofía vivida honradamente, "encuadra" dentro del mismo "marco" ideológico que la vana retórica de su hermano cuando éste declara vulgarmente que *las cosas caen del lado que se inclinan* (p. 95). Nuestro profesor de filosofía se burla de su hermano por su apego a tales lugares comunes, pero también se burla de él su hermano después de su discurso, y no por "krausista" o "hegeliano" (idealista), sino porque a pesar de que su discurso ha sido "práctico y filosófico y todo lo que quieras" (p. 168), no ha gustado ya que, en rigor, lo que le falta al amigo Manso —según su hermano al menos— es, sencillamente, talento. A fin de cuentas, ¿no le hemos oído decir vulgaridades como aquello de que "lo que debe ser es; la razón de las cosas triunfa de todo" (p. 241)? (A Peña, en cambio, en quien ve un rival, José María Manso le critica el que en sus discursos no diga nada "práctico", p. 189).

No se trata de proponer aquí —por oposición a lo que se ha dicho de su krausismo— que Máximo Manso es un riguroso positivista. En cuanto "pensador" no pasa de ser un ecléctico que, dentro de sus amplios conocimientos, y entre abstracciones, representa, en verdad, un vulgar pragmatismo que se disfraza de "filosofía" con toques de romanticismo e idealismo. Es el positivismo la ideología dominante de la burguesía en el último cuarto de siglo, lo mismo en los países exportadores de capital y de ideas que en los países dependientes: inmersos en sus tópicos más vulgares viven los personajes de *El amigo Manso*, inclusive el buen catedrático. Es ello obvio en la manía de José María Manso por lo práctico y en su voluntad de reconciliar —como Comte— lo irreconciliable: "la insurrección y el Estado, la Monarquía y la República, la Iglesia y el libre examen, la Aristocracia y la Igualdad" (p. 112). Pero deberíamos ser capaces de reconocer la misma ideología en quien, como Máximo Manso, tras "hartarse" de "poesía y de idealidad" (p. 89) —como si eso fuera lo que uno hace con la poesía—, acepta la imposición de las costumbres del hermano oportunista, llega incluso hasta a usar diariamente el frac

para visitar su casa y predica que es ley que el mundo sea nuestro molde y no también nuestra hechura; o en quien, como Manolo, en verdad no quiere con sus pretensiones de hombre del Renacimiento sino un alegre vivir en la política mediocre de un mediocre país subcapitalista. La realidad objetiva del “mestizaje” oligárquico que Galdós recrea, se da también en la ideología y, en verdad, las reconciliaciones que pretende llevar a cabo José María Manso no son sino las que se hicieron durante la Restauración, durante el proceso de creación del nuevo bloque de poder oligárquico: lo que Galdós, como muchos, llamaba “pasteleo”. Desde esta perspectiva pierde gran parte de su sentido el tratar de dilucidar si un personaje-instrumento de esa sociedad era realmente krausista, o positivista, o neokantiano...

En tal mundo “positivo” Máximo Manso es, pues, digno maestro de su “amado discípulo”, de su “hijo espiritual, Manuel Peña”, y no le falta razón cuando al prepararse para volver al Limbo, cumplido ya su papel declara: “He dado mi fruto” (p. 299). Lo que no excluye, sino que exige, que por dedicarse a las cosas prácticas de su tiempo, Manolo Peña y gentes que le rodean hayan olvidado todo “lo que yo enseñé” (p. 301)... salvo, seguramente, las frases hechas, las citas adecuadas de los clásicos para adornar discursos, etc. No excluyamos tampoco la necesidad de que doña Javiera, muy cercana todavía a la realidad más aparente y real cotidiana, y seguramente enamorada de Manso, no entienda del todo estas palabras que dice al morir su buen amigo.

Sabemos que Galdós pensó en 1870 —y se ha citado mucho— que la clase media era el “gran modelo, la fuente inagotable” y que a “ser la expresión de cuanto bueno y malo existe en el fondo de esa clase” había de dedicarse “la novela de costumbres”. “La grande aspiración del arte literario en nuestro tiempo es dar forma a todo esto”, escribe. A ello se dedicó insistentemente y, puesto que lo característico de la clase media a fines del xix en España fue su ascenso al poder y su justificación ideológica fue un positivismo de mesa de dominó, es éste uno de los temas centrales de sus novelas contemporáneas. Con sus conflictos y contradicciones es la esencia misma, por supuesto, de la serie de *Torquemada*; según he indicado en otro trabajo¹⁹ no se entiende *Fortunata* y *Jacinta* sin tomar en cuenta la presencia de este tema, tal como aparece especialmente en el largo y detallado principio socioeconómico del cual también aquí nos hemos valido para entender algunas cosas; y el tema es inseparable del adulterio en *Lo prohibido*. Con menos detalle y en tono menor, más implícitamente,

¹⁹ “On «the birth of Fortunata», AG, 3 (1968).

debe también este gran tema darnos la pauta de nuestra lectura de *El amigo Manso*; por lo menos a un primer nivel que, por diversas razones, ha pasado desapercibido en la crítica, lo que, a su vez, ha facilitado ciertos errores de interpretación de los que aquí se ha tratado.

CARLOS BLANCO AGUINAGA

University of California,
La Jolla, California.